

“Evangelii Gaudium” y la dimensión social de la evangelización



Mons. Luis Solé Fa, C.M.

Obispo de la Diócesis de Trujillo – Honduras

Así titula el Papa Francisco el capítulo IV de la exhortación apostólica “Evangelii Gaudium”. El Papa nos asegura que si la dimensión social “*no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora*” (EG, 176). Insistiendo en la idea, afirma, en el número 179: “*Así como la Iglesia es misionera por naturaleza, también brota ineludiblemente de esa naturaleza la caridad efectiva con el prójimo, la compasión que comprende, asiste y promueve*”.

Considero que este capítulo también nos da elementos para iluminar lo que a veces no se vive de manera coherente en nuestra práctica pastoral: LA DIMENSIÓN EVANGELIZADORA DE LA ACCIÓN SOCIAL. Precisamente lo que San Vicente cuidó con tanto esmero.

Después de recordar que el Reino de Dios está en el centro del anuncio de Cristo, en el número 181, se cita la exhortación apostólica de Pablo VI “Evangelii nuntiandi”: “*La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre*” (EN, 29). El Papa Francisco entiende esta cualidad de “completa” desde la visión de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Aparecida (Brasil) en el año 2007, y en la que él tuvo especial protagonismo. Así, en el mismo número 181, cita el Documento conclusivo de dicha Conferencia: “*La misión del anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo tiene una destinación universal. Su mandato de caridad abraza todas las dimensiones de la existencia, todas las personas, todos los ambientes de la convivencia de todos los pueblos. Nada de lo humano le puede resultar extraño*” (Aparecida, 380).

A veces, las iniciativas pastorales que la Iglesia lleva a cabo en el campo de lo social o acción socio-caritativa, son expresión de la com-

pasión, de la misericordia, pero no son “completas” por dos razones: A - Porque no son el resultado de una verdadera organización comunitaria eclesial. B - Porque no proyectan decididamente la dimensión evangelizadora que toda pastoral debe tener.

La falta de organización

La falta de organización de la caridad la había constatado ya San Vicente cuando escribió en el Reglamento de la Cofradía de la Caridad de Châtillon: *“Los pobres han tenido que sufrir más por falta de organización que por falta de personas caritativas”* (SVP.ES. X, 574). Preguntemonos: La falta de organización eclesial de la caridad, ¿qué le resta a la dimensión social de la Evangelización?

No solo le resta eficacia sino que reduce el ejercicio de la caridad a la expresión de una decisión personal individual de algunos creyentes más sensibles, cuando, en realidad, es la opción comunitaria ineludible que conlleva la misión de Jesús asumida y continuada por toda la Iglesia.

Ciertamente que la organización eclesial de la caridad no se contrapone a los gestos generosos que todos debemos ser capaces de realizar hacia las personas necesitadas, pero los hace más “efectivos” en un doble sentido. En primer lugar porque garantiza el origen evangélico y eclesial del servicio que se ofrece y dispone de mayores recursos para lograrlo. En segundo lugar porque garantiza mejor el poder *“hacer las cosas que la persona amada manda o desea”* (SVP XI, 736), según la expresión con que San Vicente describe el **amor efectivo** que, para él, está por encima del amor afectivo. Pienso que en las iniciativas particulares de acercarse de forma individual a los pobres para ayudarles, pesa más el amor afectivo. Y que en las iniciativas coordinadas desde la comunidad o grupo organizado, pesa más el amor efectivo, sin negar, por eso que exista amor afectivo.

Por eso, el Papa Francisco, después de exhortarnos a escuchar el clamor de los pobres, el clamor por la justicia, aclara que el mandato de Jesús *“¡Dadles vosotros de comer!”* que se encuentra en Mc 6,37, *“implica tanto la cooperación para resolver las causas estructurales de la pobreza y para promover el desarrollo integral de los pobres, como los gestos más simples y cotidianos de solidaridad ante las miserias muy concretas que encontramos”* (EG, 188). La organización de la caridad que impulsó San Vicente de Paúl y demás obras que realiza hoy la Familia Vicentina, encuentran en el carisma vicentino la original inspiración de lo que en la actualidad llamamos “solidaridad”, ya que ésta no es sino “la dimensión social de la caridad”.

Juan Pablo II describió la solidaridad como la *“determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables*

de todos” (“Sollicitudo rei sociales”, 38). Esta concepción enriquece el principio de la caridad, eclesialmente organizada, con la participación más firme de los pobres, a fin de que sean agentes de su propio desarrollo, como ya proponía *Populorum Progressio*, 15. Puede parecer algo difícil, pero dejar a los pobres al margen de la organización de la caridad solidaria, es dejar incompleta la obra de la evangelización en su dimensión social.

Refiriéndose a la opción preferencial por los pobres y excluidos, el Documento de Aparecida dice:

“De nuestra fe en Cristo, brota también la solidaridad como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación. El servicio de caridad de la Iglesia entre los pobres ‘es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral’ (NMI, 49)” (Aparecida, 394).

Considero que la Familia Vicentina está preparada para incluir a los pobres en la tarea de organizar la caridad de forma solidaria. ¡Y qué bueno será poder compartir la manera de hacerlo para que todos aprendamos de todos!

Dimensión evangelizadora de la acción social

Ejercemos el ministerio de la caridad a través de la Pastoral social o, como se le llama también, la Acción socio-caritativa de la Iglesia. Pero a veces la reducimos a simple actuación social, aunque pueda tener mucho mérito tanto en su función asistencial como de promoción humana. Toda acción social realizada por la Iglesia debe ser, decidida y firmemente, evangelizadora. Para la Iglesia, dicha acción social que incluye la opción preferencial por los pobres, es categoría teológica antes que cultural, política o económica. Esto permite entender mejor que al evangelizar a los pobres debemos dejarnos evangelizar por ellos. No soy yo, como misionero, el único que va al encuentro del pobre en el nombre de Cristo y lo representa; el pobre también viene a nosotros en nombre de Cristo y lo representa.

Tenemos muy claro este punto desde la espiritualidad vicentina. Pero también el Papa Francisco lo subraya:

“Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar en el sensus fidei, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en

el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos” (EG, 198).

Y con más fuerza, si cabe, insiste el Papa: “...quiero expresar con dolor que la peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual. [...] La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria” (EG, 200). Creo que no hace falta señalar el eco del pensamiento de San Vicente presente en las palabras del Papa. Pero quiero reconocer la dificultad que entraña este compromiso.

Algunas veces, por necesitar agentes de pastoral especializados en temas sociales, económicos, de desarrollo comunitario, ponemos la acción socio-caritativa de la Iglesia en manos de personas muy capaces, pero sin la fe ni el sentido misionero que los pobres y las comunidades atendidas necesitan. Otras veces, aun teniendo agentes de Pastoral Social capaces de ser testigos de la fe, les ofrecemos formación sólo en el campo de lo social, pero no les preparamos para que sean misioneros del Evangelio entre los pobres. Preguntémosnos: cuando estamos comprometidos en las tareas de la Pastoral Social, ¿qué nos puede llevar a descuidar la dimensión evangelizadora?

- Pudiera ser una falta de visión integral de la persona por haber olvidado el principio que ya nos propuso el Papa Pablo VI en la carta encíclica *Populorum Progressio* n° 14: “**Todos los hombres, todo el hombre**”. Ciertamente, puede ser ignorada o infravalorada la dimensión espiritual del ser humano por aquellos planes pastorales en los que prima, casi de forma exclusiva, los resultados que se quieren obtener a nivel organizativo, económico o político.
- O quizá se nos olvida la enseñanza de San Vicente acerca de no quedarnos sólo con un lado de la medalla. Cuando no nos tomamos el tiempo ni le damos importancia al hecho de ver el reverso de la medalla, podemos quedar limitados a lo que del pobre nos resulta el reto más difícil de resolver. Y en ello se van todas nuestras energías. Pero al no detenernos en la presencia de Cristo en el pobre es fácil que no sintamos la necesidad de ayudarlo para que el mismo pobre sea capaz de reconocerse amado y preferido por el Señor.
- Considero, también, que debemos recuperar mayor claridad en todo el planteamiento de la Pastoral que realiza la Iglesia. Se ha fundamentado, tradicionalmente, en el triple ministerio que, de hecho, no corresponde con precisión al modelo que es Cristo para todo lo que la Iglesia realiza. Cristo Sacerdote fundamenta la Pastoral litúrgica. Cristo Palabra-Profeta fundamenta la Pastoral evangelizadora. Cristo Siervo fundamenta la Pastoral Social.

Cristo Buen Pastor fundamenta la Pastoral Orgánica que hace de la Iglesia COMUNIÓN y de la Parroquia “comunidad de comunidades” (Aparecida, 5.2.2.).

El Siervo Cristo, el que no ha venido a ser servido sino a servir (Mc 10,45), no solo es modelo para quienes vivimos el Ministerio ordenado o la consagración religiosa. En realidad, nos corresponde a todos los creyentes y, muy especialmente a los agentes de pastoral social, vivir el ministerio de la caridad como expresión de servicio que nos mandó ejercer el Maestro (Jn 13,13-17). Si tenemos claro lo específico de cada una de las acciones pastorales que realiza la Iglesia, también sabremos encontrar la manera de que toda acción pastoral sea evangelizadora, puesto que toda la Iglesia es misionera por naturaleza.

La misericordia

Permítanme concluir con un comentario al **número 193** de Evangelii Gaudium. El Papa parte de lo bienaventurados que son los misericordiosos, según Mt 5,7. Sigue citando la carta a Santiago para recordar que *“la misericordia triunfa sobre el juicio”* (Stg. 2,13) en la línea de la literatura sapiencial que atribuye a la misericordia un valor salvífico. Y llega hasta San Agustín que afirma: *“Así como, en peligro de incendio, correríamos a buscar agua para apagarlo [...] del mismo modo, si de nuestra paja surgiera la llama del pecado, y por eso nos turbamos, una vez que se nos ofrezca la ocasión de una obra llena de misericordia, alegrémonos de ella como si fuera una fuente que se nos ofrezca en la que podamos sofocar el incendio”* (De Catechizandis Rudibus, I, XIV, 22).

¡Qué familiar es para quienes vivimos la espiritualidad vicentina la imagen de correr a apagar el fuego! San Vicente lo aplica a la necesidad de socorrer al pobre. Pero lo importante aquí es la motivación que nos impulsa a hacerlo: la MISERICORDIA. Como tantas otras palabras del contexto religioso, el concepto “misericordia” se ha confundido y tergiversado por no entenderla en su origen: Dios es misericordioso. Jesús nos exige a nosotros ser misericordiosos como lo es el Padre del cielo: Lc 6,36. También se ha malentendido el concepto “misericordia” por no haber encontrado la forma de vivirla en el equilibrio entre el **amor afectivo** (desde el **corazón** que ama al pobre) y el **amor efectivo** (desde la **miseria** que hunde al pobre).

Si el sentido de justicia lo elabora San Vicente siguiendo a Tomás de Aquino, la misericordia, para él, no es tan solo el resultado de una buena voluntad optativa hacia los pobres. Es, más bien, una cuestión de justicia. De ahí la célebre frase escrita a un misionero: *“Dios nos conceda la gracia de enternecer nuestros corazones a favor de los miserables, y de creer que, al socorrerles, estamos haciendo justicia y no misericordia”* (SV VII, 98). La primera parte de la frase de San Vicente

resuena, como un eco, en las palabras del Papa: “*El imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno*”.

Es de desear que quienes lean la *Evangelii Gaudium* entiendan que ese “*estremecerse ante el dolor ajeno*” no puede ser tan solo una reacción afectiva sino el despertar de un sentido de justicia social que nos lleve al compromiso por la defensa de los más pobres. Por hacer realidad lo que la Iglesia está llamada a ser: “*Abogada de la justicia y defensora de los pobres*”, como afirmó el Papa Benedicto XVI en el discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.